

anterior al dominio távaro. La victoria los abrió violentamente: y desde entonces los han cerrado; sus tesoros, si algunos poseyeron, se han perdido, y solo conservan un poco de polvo humano, que nadie arrebatara, porque para nada es bueno. En este lugar puede convencerse cualquiera, de que esas eminencias contienen, bajo su cónica capa de tierra, una cavidad de mampostería abovedada, ó un sencillo recinto de piedras, cubierto con una ancha losa, sobre la cual descansa el montecillo.

Corrían veloces los días en estas instructivas ocupaciones, y sin embargo, todo nos llamaba hácia el mas lejano objeto de nuestro viaje. Tiempo era ya de renunciar al reposo de Theodosia, pues era reposo verdadero una residencia que, durante las noches, amén de un buen abrigo, nos ofrecia todas las ventajas de un régimen restaurador y saludable. Aunque faltaban camas apenas nadie lo notaba, gracias á la larga costumbre que teníamos de dormir sobre lo duro: y continuábamos disfrutando de ese bienestar á despecho de nuestros deseos de abandonarlo.

Dispuesto ya todo, y completada la caravana, recibimos una visita de M. Le Play, quien, desde las márgenes del Don, en donde habia trabajado con muchas penalidades durante aquel abrasador estío,

venia á continuar aquí sus investigaciones minero-lógicas. Prontos para la marcha, todos, escepto nuestro excelente guía Miguel, á quien no abandonaban unas calenturas pertinaces, tomamos el camino de Kertch, y el 4 de Octubre nos amaneció en el páramo, corriendo velozmente hácia el Este, envueltos en las capas que apenas bastaban á defendernos de la helada tramontana.

La retaguardia, compuesta de un gran madgiar con sus dromedarios, llevaba el equipaje y el guía que tenia necesidad de una marcha mas lenta. El uniforme espectáculo que ante nuestros ojos se presentaba, era un país desnudo y sin cultivo, habitado solamente por bandadas de aves marítimas, é interrumpido de tarde en tarde por algun pueblecillo alemán que se reconocia desde lejos por sus pilas de trigo, únicos monumentos de esas laboriosas colonias. En Porpatch, primer parador de nuestro viaje, encontramos una considerable afluencia de távaros y de alemanes, que habian llevado á la casa de postas todos sus caballos para acudir á las previstas necesidades de un trabajo extraordinario. Mientras que algunos de nosotros hablábamos con esos buenos germanos, que fueron con sus vestidos de gala y con los caballos de anchas sillas guarnecidas de latón, nuestros naturalistas hacian por las

inmediaciones un reconocimiento productivo. Alzábanse bandadas de magníficas abutardas de pesado vuelo, pero de marcha recelosa que fatigaba inútilmente á los cazadores, y allá en una angosta quebrada arrobaba la vista del zoólogo un nuevo género de conchas, y mientras tanto arreglábanse los carruajes con mas prisa de la acostumbrada. Nuestra segunda detencion fué en Arghir, casa de postas situada en una altura, á la cual se llega por una cuesta suave al traves del páramo. Desde aquí el terreno baja hasta Kertch, y se deja á la derecha, esto es, hácia el Sur, una region de colinas asaz elevadas para robar toda la vista al mar que la baña por el lado opuesto.

La llanura, si bien no tan árida como en las inmediaciones de Theodosia, no está menos desierta, aunque las grandes yerbas que se agitan en la superficie, ocultan muchedumbre de liebres y de abutardas, mas ningun sér humano ha fijado en esas soledades su morada. Sin embargo, han existido en ese pais muchos pueblos tátaros, cuyas ruinas parecen efecto de algun terremoto, y entre las cuales no han quedado en pié, ni casas, ni sepulcros, ni mezquitas; y la yerba ha cubierto ya esos vestigios cual si hubieran pasado por tan triste comarca muchos siglos de abandono, no obstante que en el año

1833 estaban habitadas. La espantosa carestía general en todos los páramos rechazó á los pobladores hácia un pais mas fértil; los vientos, las tempestades y los inviernos han completado la obra, dando á esos escombros un baño de antigüedad capaz de engañar al hombre mas esperto. Al cabo de diez y ocho verstes atravesamos un ancho foso, cuya tierra amontonada en el costado de Oriente le sirve de muro natural. Eso es una antigüedad verdadera.

Esa trinchera que atraviesa de Norte á Sur toda la península de Kertch en su dimension mas larga, conserva el nombre de muralla de Akos: fué abierta como última defensa del reino del Bósforo, ya decaído, y que perdió su antiguo poder poco despues de haber ejecutado esa obra. La muralla de Akos, que ya nada defiende, sirve de abrigo y de albergue nocturno á las caravanas que, para resguardarse del viento en ese descubierto espacio, se colocan ya al Este ya al Oeste de aquella tutelar eminencia.

Al acercarnos á Kertch entramos en un territorio lleno de túmuli. En ninguna parte los habíamos encontrado en tanto número, y para hacer mas notable el espectáculo de ese pais erizado de erupciones cónicas, las colinas inmediatas presentan la mis-

ma disposicion, y están cubiertas de rocas de corallitas acumuladas por la naturaleza, de tal suerte que parecen khurghans. Todos esos túmuli han sido registrados, y hay cierta cosa triste en el aspecto de desorden en que se hallan todavía sus entreabiertas resquebrajadas. Las líneas tan perfectamente redondeadas de los khurghans, único espectáculo del páramo, al fin se hacen agradables al ojo del viajero, que se acostumbra á encontrar armonía en todos esos conos esparcidos, hijos de una misma familia. ¿No aflige verdaderamente ver cerca de Kertch, encima de todos esos sepulcros desmochados cráteres abiertos, llenos de escombros y de tierra blanquecina?

Cierto que es provechoso para la ciencia esta curiosa investigacion, que tiene por objeto enriquecer un museo y poner los tiempos antiguos al alcance de los modernos; pero tambien seria una prueba de respeto á la antigüedad, y aun á la ciencia, restablecer en su forma primitiva los túmuli investigados. Esos monumentos son de la clase menos perecedera, su conservacion se nos figura un deber, y restituyendo su forma al túmulus ya despojado de sus riquezas inútilmente enterradas, podria protegerse y defenderlo, por medio de una señal, que lo diese á reconocer, ó de una inscripcion que re-

cordara los objetos descubiertos en él y trasladados al museo. Así se estableceria una fácil correlacion entre el producto y su origen: y seria al mismo tiempo una noticia útil á los historiadores estudiosos, y el reparo de una mutilacion que nos ha parecido sensible.

Despues de estas observaciones, que con toda modestia sujetamos al buen gusto y al escelente criterio del gobierno de Kertch, hablemos de esta ciudad, en la cual entramos al caer el dia, arrecidos de frío y estrechados por el hambre.

Lo primero que al viandante se le presenta al penetrar en la antigua capital del reino de Bósforo, es una larga y elegante calle, con pavimento convexo, aceras de baldosas y edificios de una piedra blanda, que es la caliza porosa que se ve en Odesa. Los arcos, las columnas, los balaustres y otros detalles arquitectónicos, ofrecen de un modo claro el aspecto de una de nuestras ciudades. Aquí debemos alabar la prudente anchura de las calles que bastan para una circulacion activa, sin tener esa latitud desproporcionada á las necesidades que convierte una ciudad en un desierto. La calle principal está cortada en ángulo recto por otras muchas otras laterales, todas perfectamente arregladas, en una de las cuales encontramos, despues de haberla

buscado mucho tiempo, la fonda del Bósforo *Bosphori-Tractir*, que nos habian recomendado como la mejor y quizás la única de Kertch. Y sin embargo, ¡qué fonda! ¡Cuál fué nuestra tristeza al encontrarnos por cama con ese fatal billar de que tantos recuerdos nos dejó la Valaquia! La fonda del Bósforo, propiedad de una lindísima familia alemana, no ha olvidado en un ápice sus tradiciones de lentitud nacional.

Pasáronse muchas horas antes que lográramos tener fuego en una inmensa estufa que forma parte de la pared de la casa, y que no es posible calentar sin que pasen veinticuatro horas. Hasta la clásica *carbonada* se hizo aguardar mucho tiempo; y toda la casa reputó por cosa estraña nuestro empeño de que se pusieran tres enormes vidrios, cuya falta nos hacia participar con exceso del helado viento de la noche. Desde que pedimos una mejora nadie queria servirnos, porque éramos gentes en extremo delicadas.

Y como es cierto que se puede dormir sin vidrios y sin cama, dormimos hasta que al amanecer nos despertó un ruido terrible que venia de la calle, y que gracias á la disposicion de la estancia que hemos descrito, llegaba á nuestros oidos sin el obstáculo mas pequeño.

Levantámonos, pues, y fuimos testigos del espectáculo siguiente:

A la par que todas las ciudades de la Crimea, y con especialidad de Oriente, Kertch está infestada de una escesiva poblacion de huéspedes inútiles, incómodos, bulliciosos, y algunas veces temibles para la seguridad pública. Ya comprende el lector que hablamos de esos abominables perros vagabundos que al fin serian los señores de la ciudad, si no previniesen el peligro medidas, aunque crueles, prudentes. Los gitanos son, en Kertch, los ejecutores de esas sentencias de muerte y desempeñan su cargo de este modo. Uno de los tsiganos, que como hombre público lleva un traje reformado, va por la calle arrastrando un perro muerto en la víspera, recorre todos los barrios con aire inofensivo, pero con ojo avizor, porque lleva debajo de la túnica una inmensa estaca, clava fatal para la raza canina. Apenas el ejecutor se presenta en una calle, cuando por todas partes se alza un horrible clamor de toda esa república de canes que conocen al verdugo, y quizás tambien á la víctima, y salen y se precipitan desde las casas y cercados, persiguiendo con furibundos ladridos al impasible gitano, quien continúa su marcha lenta y calma hasta el momento, ¡momento fatal! en que uno de los mas furiosos llega

al alcance de la estaca. Entonces parte un garrotazo, rápido como un relámpago, golpe mortal que tiende un nuevo troyano al lado del sacrificado Hector. Al llegar la noche, el tsigano que ha trabajado mucho va á tender al gefe de policía su mano manchada con tantos crímenes. Cada cabeza que cae le proporciona veinticinco copeks, ó sea, veinticinco centésimos.

Ocupa Kertch una estension considerable en la estremidad oriental de la península táurica, en el fondo de una ensenada, en que van á morir las aguas del Bósforo cimmerico. Desplégase la ciudad en forma de media luna sobre la costa septentrional hácia el Occidente de la bahía y encima de las cumbres poco elevadas que la circundan: un solo punto domina este conjunto, que es el límite de un ramal de peñascos que van precisamente á terminar encima del pueblo, en un montecillo mas considerable que los otros, y que tambien descende rápidamente hácia el mar. Ese es el monte *Mitridates*, coronado de eminencias naturales tan parecidas á los khurghans, que á corta distancia apenas se distinguen los que son obra del hombre de aquellos cuyo contorno ha trazado la naturaleza. Este monte *Mitridates*, sobre el cual estaba el Acrópolis, ó ciudadela de la antigua Panticapea, domina á

Kertch, y su punta culminante está formada por un túmulus cubierto de grandes rocas, llamado el sepulcro de *Mitridates*. Al pié del túmulus hay una roca con una grande hendidura, muy semejante á una silla curul, cual los druidas la hubieran escogido, que se llama silla de Mitridates, porque desde este punto el rey del Ponto contemplaba con orgullo su innumerable escuadra que era el terror de los romanos.

De este modo se van encontrando las tradiciones; hémos aquí en un sitio por donde ha pasado un héroe, y en una tierra que se acuerda de los nobles que la hollaron: ciudad de ayer, cuyo origen es antiguo, ciudad rusa y ciudad de Oriente reunidas en la misma historia: Kertch y Panticapea: la ciudad de Mitridates y la ciudad del Emperador.

A la verdad que toda esa historia se enlaza perfectamente con los tiempos modernos. En esta ciudad, y á diez pasos del sepulcro de Mitridates, ostenta sus ligeras columnas, de estilo harto frívolo para su objeto, un sepulcro moderno que guarda las cenizas de un gobernador que fué de la misma. El monte Mitridates, que se rebajó en estos últimos tiempos, ha dejado una vasta área á un templo griego apenas concluido, en donde se depositan

los muchos y preciosos objetos que producen las continuas escavaciones practicadas en los khurghans. Al ver ese rebajo hecho en el seno del monte y que ha descubierto una área y paredes de huesos confundidos, se cree uno trasportado á esas montañas humanas que la sangrienta conquista de Atila levantó, segun dicen, en las playas del mar Caspio. Conduce desde el templo á la ciudad una escalera de gigantes, moderna sí, pero adornada con balaustres griegos, con máscaras y con vasos, y decorada con los grifos de Panticapea, bella y correcta escultura que en esta obra dejamos citada. Remata en una plaza polígona, rodeada de pórticos y en la cual se celebra el mercado. Van á salir á esta plaza calles regulares, de las que unas bajan á la mar que está cerca, y otra que es la principal, remonta hácia el Nordeste y atraviesa la ciudad de parte á parte. Esta es la calle poblada, el camino mercantil, y tiene muchas otras paralelas cortadas como ella en ángulo recto. En toda la márgen de la bahía hay un muelle de piedra, espacioso, y en donde se alzan vastos edificios, y entre ellos la casa del gobernador de Kertch y una inmensa fábrica destinada para aduana y almacenes. Por desgracia la poca agua que hay en el fondo de la ensenada no permite que los buques se acerquen al muelle,

sino que han de anclar bajo las paredes del lazareto que está situado en la márgen de la bahía, en el punto en que la proximidad del estrecho hace que haya mas fondo y sea mas á propósito el anclaje.

Ante todo, fuimos á visitar al príncipe de Kerkhenlidzeff, gobernador de Kerth, cuyo recibimiento despertó en nosotros una gratitud eterna. Apenas tuvo noticia de nuestro triste hospedaje, nos dió un oficial con órden de que nos abriera una de las casas destinadas á hospedar á las personas de la comitiva del emperador, y á pesar de los cuidados que le ocupaban, por la inmediata visita imperial, este amable príncipe nos dió grandes pruebas de benevolencia. Estuvimos en su compañía un rato, que fué harto breve, y en que nos comunicó datos interesantes, habló de la Georgia, que es su pais nativo, y lo que nos dijo de ese hermoso pais y de su rica naturaleza, nos hizo muy sensible que los rigores de la estacion y la necesidad de volvernos nos impidieran hacer por él una larga correría.

El museo de Kertch merece un lugar en estas breves descripciones, puesto que es relativamente al de Theodosia lo que un museo de Italia á una coleccion francesa ó alemana. Aquí algunos preciosos fragmentos, especie de hurto de que se enorgullece el posesor exótico, allí profusion y riqueza. Los